

★ Editorial

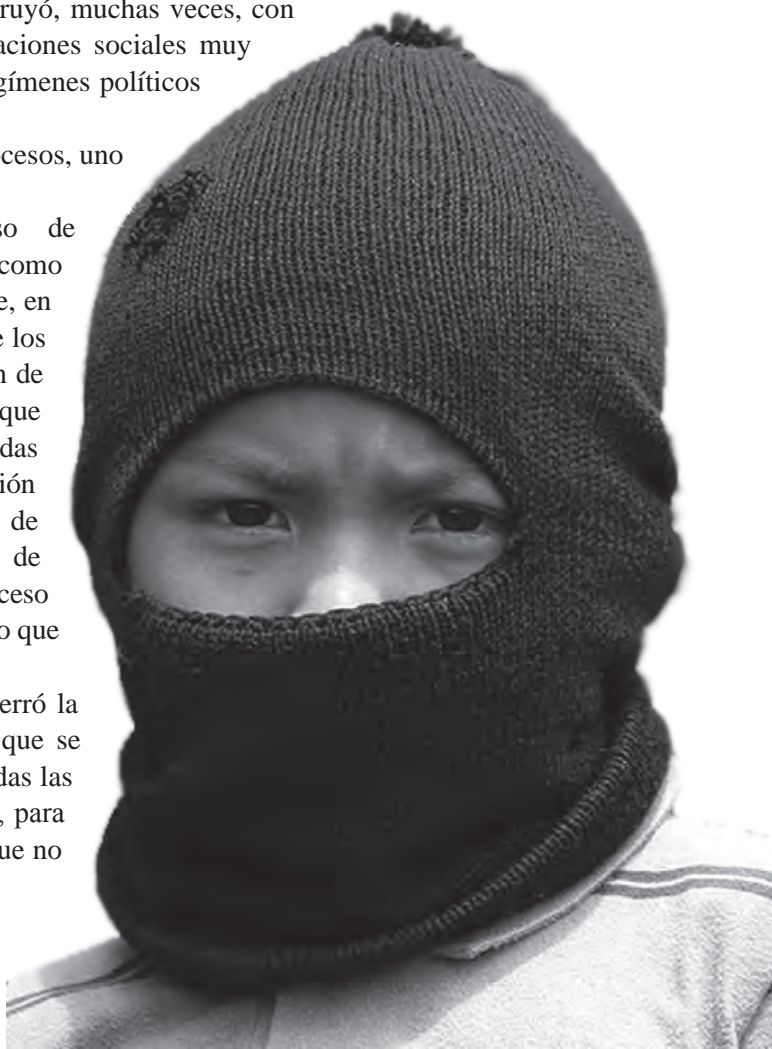
Si entendemos lo que ha sido el proceso de conformación del Estado-Nación en México y lo que de ahí se desprende: la relación entre la sociedad y el poder político y económico, podemos decir que existió por muchos años una comunidad ilusoria que permitía que amplios sectores de la población se identificaran con los aspectos sociales de ese Estado y lo entendieran como emanado de la revolución mexicana.

Así se construyó un tipo de dominación política, con un partido de Estado y con un sistema corporativo que se construyó, muchas veces, con el consenso social. Esto permitió un tipo de relaciones sociales muy peculiares que no se expresaban igual en otros regímenes políticos de América Latina.

Esta comunidad ilusoria fue barrida por dos procesos, uno que vino de arriba y otro que vino de abajo.

Arriba, fue el resultado de un proceso de modernización-reorganización productiva que trajo como consecuencia el surgimiento del neoliberalismo que, en su sed de ganancias, no sólo venía por la cabeza de los trabajadores y campesinos mexicanos sino también de sus intermediarios, burócratas y caciques. Más aún, que exigía la rendición del viejo régimen político y de todas sus instituciones. Una modernización-reorganización excluyente, como otras que hubo en la historia de nuestro país y que permitieron el surgimiento de grandes rebeliones. La peculiaridad es que este proceso que vino de arriba fue mucho más radical y perverso que los que se hicieron antes.

Abajo, fue la insurrección zapatista la que enterró la vieja forma de dominación, abriendo una grieta que se fue convirtiendo en una falla que ha provocado todas las fisuras con las que ha terminado ese viejo Estado, para dar paso a algo diferente, lo cual no quiere decir que no cuente con elementos de continuidad.



Arriba, significó el proceso de autonomización del capital financiero, tanto nacional como internacional, que ha decidido que la vieja clase política solamente le es útil si sirve de pararrayos del descontento social. Mientras que en las grandes finanzas, 29 poderosos oligopolios nacionales y cien internacionales hacen el negocio de su vida, al no tener ningún tipo de regulación estatal que los limite. Por eso, incluso ahora, estamos viendo cómo comienzan a ajustar sus cuentas entre ellos, y el único que no aparece en las confrontaciones del capital es el Estado.

Abajo, significó otro proceso de autonomización, por medio del proceso soberano y constituyente de creación de las Juntas de Buen Gobierno y la existencia de una parte del territorio nacional donde ese capital financiero no ha arrasado. La autonomía zapatista se enfrenta en ese sentido no a tal o cual fracción de la clase política, sino al capital financiero como tal. Resulta que hay un jirón del territorio nacional donde el pueblo manda y el gobierno obedece y, además, abiertamente declara que está por la reconstrucción de la nación con una perspectiva anticapitalista, en tanto ha sabido leer el significado profundo de ese capital financiero y sabe que esta perspectiva es la única realista, porque es imposible volver la rueda de la historia a las épocas de la libre empresa. Luchar contra los monopolios reviviendo la libre empresa no tan sólo es reaccionario, sino que es absurdo.

Arriba, el proceso de crisis de todos los elementos del viejo Estado nacional está permitiendo una especie de desgarramiento que permite que hoy desde arriba se vea a la sociedad en su conjunto como enemigo. Y se utiliza toda la fuerza militar y policíaca del Estado para hacer aún más definitivo el deterioro de la relación con la sociedad. El problema es que ese desgarramiento se expresa con 35 mil asesinados, miles de detenidos y miles de desaparecidos.

Abajo, partiendo de la experiencia de las Juntas de Buen Gobierno se buscan crear las articulaciones sociales que, por lo pronto, digan 'NO' a esta política de tierra arrasada que desde el poder se está llevando a cabo. Articulaciones que no buscan otra cosa que generar una energía social capaz de construir los obstáculos indispensables para evitar la masacre que se está llevando a cabo.

Ésa es la disyuntiva que hoy se vive en México. Los escenarios no son algo que se van a construir sino que ya existen y que ya se ven cara a cara. La mirada que viene del sureste mexicano nos recuerda que este país se llama México y que el pueblo de manera soberana debe iniciar el camino de la construcción de algo verdaderamente nuevo y magnífico.

Pero, igualmente, que para llegar a eso, primero es indispensable que toda la ira, el coraje y la rabia se materialicen en formas nuevas de organización y combate.

